

ANTONIO VILA BIELSA

Mientras brille una estrella



éride ediciones

Capítulo I

Los aplausos atronaban el abarrotado espacio del salón de actos de la «Casa de Cultura de Chistau». Una sonriente Anna Mask, puesta en pie, agradecía la calurosa respuesta del público, asintiendo humildemente con la cabeza.

Junto a ella, algunas de las autoridades del valle se congratulaban por el éxito del evento. La prestigiosa historiadora, además de profesora, filósofa y escritora reconocida, acababa de presentar su última novela histórica en pleno Pirineo oscense, en el lugar donde transcurría una parte importante de su trama.

De pie en el fondo de la sala, una joven de ojos vivos aplaudía, satisfecha por lo que acababa de presenciar. Su *pearcing* en la nariz, su abundante cabello recogido en largas rastas y atado en una coleta alta, y su aparentemente descuidado vestuario atraían las miradas de soslayo de algunos de los asistentes quienes, a juzgar por la expresión de sus rostros, no aprobaban la imagen mostrada por la chica.

Brisa avanzó con decisión hacia la mesa de los ponentes, dispuesta a felicitar a la escritora e intentó hacerse un hueco entre la multitud que se arremolinaba en busca de una dedicatoria o de unas pocas palabras de la protagonista. Las miradas de ambas mujeres se habían cruzado varias veces durante el acto y Brisa se sintió fuertemente atraída por la forma calmada y abierta con la que Anna Mask transmitía sus ideas. Había percibido cómo sus palabras producían en ella una agradable sensación de paz.

Consultó su reloj una vez más, con cierto fastidio, consciente de que sería necesario esperar para poder hablar con la autora y ya no disponía de mucho tiempo. En menos de media hora debía estar en el restaurante en el que trabajaba para comenzar a servir las cenas.

Cuando estaba a punto de desistir, Anna alzó la vista, sin prestar atención al resto de los presentes y volviendo a clavar en Brisa su penetrante mirada, la saludó cortésmente, ofreciéndole de nuevo su cautivadora sonrisa.

—Solo quería felicitarte —Brisa la tuteó como acostumbraba a hacer con todo el mundo, a menos que le indicaran lo contrario.

—¡Muchas gracias! ¿Te ha gustado?

—Me ha parecido muy interesante todo lo referente a esa otra clase de amor...

Tras intercambiar algunas breves frases, Anna quiso saber si deseaba llevarse un ejemplar firmado. Brisa respondió que le gustaría mucho, aunque prefería dejarlo para otra ocasión, pues no disponía de mucho dinero.

—¡Soy pobre! —exclamó con espontaneidad, intentando justificarse con una sonrisa.

Algunos de los presentes sonrieron entre dientes, considerándose afortunados de no encontrarse en su misma situación.

Anna advirtió la sinceridad de sus palabras y despidió cordialmente a la joven, quien se excusó con el pretexto de tener que ir a trabajar, sin mirar siquiera al resto de las personas de su alrededor que parecían sentirse molestas porque la chica, además de haberse colado, les hubiera hecho perder el tiempo de forma tan inútil, ya que ni siquiera había comprado el libro.

Ambas mujeres se volverían a ver antes de lo que imaginaban, pues esa misma noche la escritora y las correspondientes autoridades cenarían en el restaurante donde Brisa trabajaba. Las dos sonrieron sorprendidas al volver a coincidir, y la camarera tuvo la impresión de que Anna se alegraba del nuevo encuentro. Brisa llevó a cabo su trabajo con la solvencia habitual. El elegante uniforme que ella misma había ayudado a elegir, su manera desenvuelta de moverse por el comedor y la amabilidad mostrada con los clientes hacían sentirse a Andrés, el propietario del negocio, cada vez más convencido de haber acertado en su contratación. En contra de las opiniones desfavorables de quienes alegaban que la imagen de la joven no encajaba en la distinguida estética del establecimiento.

Al haberse ganado la confianza de su jefe, ella había sido designada para servir la mesa de la escritora y organizadores, mientras su compañero Josan atendía al resto de los comensales, casi todos jóvenes parejas que habían escogido el restaurante para compartir la cena en esa noche de viernes.

Brisa observaba en sus idas y venidas cómo la presencia de Anna se iba adueñando de la reunión, a pesar de que otros elevaran más la voz e intentaran protagonizar la velada con sus gracias y ocurrencias. Advirtió cómo la sosegada autora medía sus palabras y no hablaba solamente por ocupar el silencio como algunos de los contertulios allí reunidos y como también acostumbran a hacer muchas otras personas, quienes lanzan al aire montones de palabras sin tan siquiera haberlas pasado por el filtro de su pensamiento.

Brisa lamentó no encontrarse en el comedor en el momento en que la comitiva abandonaba el lugar, sintiéndose algo decepcionada por no haber podido despedirse de aquella mujer madura con la que había sentido una conexión especial. Sería Andrés, el propietario del restaurante, quien saliera a despedirlos, mientras ella terminaba de ordenar la cocina en compañía de Miriam, la esforzada cocinera, deseosas ambas de poner fin a su jornada laboral.

La cena-tertulia se había alargado más de lo esperado, de modo que cuando Brisa se disponía a marcharse, su reloj indicaba casi la una de la madrugada.

A punto de atravesar la puerta, se detuvo bruscamente al escuchar la voz de Andrés pronunciando su nombre.

—¡Casi se me olvida! Anna, la escritora, me ha dado esto para ti. Se han mostrado muy satisfechos con tus atenciones. ¡Buen trabajo, Brisa!

Sorprendida e ilusionada, tomó el libro que habían dejado para ella y, tras despedirse de nuevo, se dirigió al coche con ganas de llegar a su casa y descansar. Su compañera, Dama, debía de estar echándola de menos desde hacía rato, y no pudo evitar esbozar una sonrisa al imaginar el abrazo que en unos

pocos minutos iban a compartir. De camino al vehículo abrió el libro, observando una generosa dedicatoria que reservó para leerla con más detenimiento, en la intimidad de su hogar.

Chuan regresaba a casa conduciendo su vehículo, después de haber asistido a una animada cena con un grupo de amigos, que se alargaría posteriormente tomando algo en el pub «Las Brujas», al otro lado del río. Se había retirado hábilmente justo antes de traspasar la frontera que separa «un par de copas» y esa euforia contagiosa en la que el reloj deja de tener relevancia y una ronda va siguiendo a la anterior, olvidándose del mañana. Y, precisamente, el día siguiente estaba dispuesto a madrugar para realizar una excursión por la montaña.

Se extrañó al ver un coche estacionado, invadiendo parte de la calzada, y aminoró inmediatamente la velocidad. Al reconocer el viejo Suzuki y también a su propietaria, agachada junto a la rueda trasera, decidió detenerse sin dudarlo.

Dispuesto a ayudar, aparcó unos metros más adelante, bajó del coche y se aproximó a la chica con quien había intercambiado saludos, alguna frase esporádica y un buen número de miradas; pues había algo en ella que le resultaba atractivo. Brisa le explicó con toda naturalidad que había sufrido un pinchazo y no conseguía aflojar los tornillos de la rueda para poder colocar la de repuesto.

Para Chuan cambiar una rueda no suponía ningún inconveniente. Se puso manos a la obra, solamente necesitaría un cuarto de hora para culminar su buena acción del día. Sin embargo, los tornillos parecían resistírsele tanto como a la joven. La herramienta de que disponían no era demasiado apropiada y la tarea se presentaba más ardua de lo esperado. La tozudez del joven montañés no le permitía desistir. Tuvieron que intervenir una incipiente lluvia y la insistencia de Brisa proponiendo dejarlo para el día siguiente, para lograr convencerle.

Chuan ni se planteó la posibilidad propuesta por ella de continuar a pie el camino hasta su hogar, dejándole como única alternativa subir a su coche. Finalmente Brisa accedió,

no sin antes coger algunas cosas del auto averiado, entre ellas, por supuesto, su nuevo libro.

Brisa vivía en una pequeña borda rehabilitada junto al río, en el camino de acceso a Viadós y a la zona norte del valle. En opinión de Chuan, teniendo en cuenta la hora que era, dejarla ir sola los cuatro kilómetros de distancia que la separaban de su hogar, no hubiera sido nada sensato, y mucho menos galante.

En apenas diez minutos habrían llegado a su destino. Al dejar atrás las últimas luces del pueblo de San Juan de Plan e internarse en el camino forestal con la única iluminación de los focos del coche, Chuan intentó recordar cuánto tiempo hacía que no realizaba aquel recorrido bajo la más absoluta oscuridad. Los avellanos y fresnos de los bordes de la estrecha calzada se inclinaban sobre ella, creando extrañas y fantasmagóricas sombras que se movían a medida que el vehículo avanzaba, dando la impresión de estar franqueando el umbral hacia algún tétrico y desconocido lugar. A buen seguro que gente no habituada a la zona hubiera sentido cierta aprensión, mucho mayor si el trayecto se hubiera realizado a pie, sin la protección otorgada por el vehículo. Brisa, a base de repetir el mismo itinerario varias veces a la semana, lo encontraba ya familiar.

—¿No te da miedo vivir aquí arriba sola? —preguntó Chuan, casi con la única intención de romper un denso silencio.

—¿Miedo de qué? Sé cuidarme —respondió Brisa sin pensarlo y en cierta actitud defensiva—. Además, tengo a Dama. Nos hacemos compañía.

Dama era la perra que llenaba los espacios donde la soledad intentaba hacerse un hueco. Ambas habían aparecido la pasada primavera en el recóndito valle de Chistau por casualidad o, al menos, eso creía Brisa, a quien el encanto de aquel enclave pirenaico la retenía entre sus montañas. Durante el último verano había comenzado a trabajar como camarera en el flamante restaurante «Las Peñas Bistró», en el núcleo de Plan.

Con la llegada del otoño y el descenso del turismo, su contrato se había reducido a los fines de semana y a algunos otros días esporádicos.

Con el dueño de la borda donde vivía, había alcanzado un acuerdo bastante razonable. Él era consciente de que durante el otoño y el invierno no era fácil encontrar clientes interesados en alojarse en un lugar solitario, a más de tres kilómetros del lugar habitado más cercano. Además, cuando hacían su aparición las nevadas, no existían garantías de que sus accesos tuvieran algún tipo de mantenimiento invernal. Brisa aceptó el precio, aunque debía hacer verdaderos malabarismos económicos para pagar el alquiler y atender sus gastos cotidianos. El asunto se complicaba si surgía algún gasto imprevisto.

A pesar de todo, decidió estar allí, sola. Quería reencontrarse, meditar, olvidar experiencias negativas que habían marcado su vida y soñar con mejores tiempos. A la que no renunciaba era a su perra Dama, segura de que su lealtad estaba muy por encima de la de muchas personas. Y, por supuesto, a su bloc de dibujo y sus lápices, que le permitían abstraerse de todo su entorno, sumergiéndose en su propio universo fantástico.

La chica agradeció el gesto a Chuan, quien se comprometió a ayudar al día siguiente en la reparación de la avería, aunque tendría que ser por la tarde, una vez hubiera regresado de su excursión.

Una vez en Plan y tras aparcar, comprobó cómo la joven, entre agradecimientos y despedidas, había olvidado el libro. Lo colocó en la guantera con la intención de devolvérselo en cuanto se volvieran a ver. Sin embargo, no iban a encontrarse ese sábado como habían previsto. Cuando Chuan regresó al pueblo con el ánimo por las nubes, como cada vez que se acercaba a estas ascendiendo algún pico, el viejo coche de Brisa había sido ya retirado. En el bar se enteró de que ya lo habían reparado (nunca faltaba un buen samaritano dispuesto a ayudar y sentirse útil en casos semejantes) y pensó en que debería

hacer lo posible por verla para devolverle el libro. Pasarían un par de días hasta que sus coches coincidieran en la estrecha pista forestal. Tras saludarse, deteniéndose uno junto al otro, ella, con su resplandeciente sonrisa, pidió disculpas por no haber esperado su ayuda. Él restó importancia a la cuestión y le devolvió la novela, dando pie a que charlaran unos minutos sobre la obra y sobre su autora. Chuan manifestó su fascinación por la época histórica en que estaba ambientada, por eso también la había adquirido y estaba impaciente por comenzar su lectura. Brisa confesó sentirse obligada a leerla al tratarse de un regalo, pero le daba mucha pereza comenzar, pues le suponía un enorme esfuerzo. Sonrieron y se despidieron, siguiendo cada cual su camino.

Chuan, por su trabajo como vigilante e informador en el parque natural «Posets-Maladeta», verdadera joya natural en pleno corazón del Pirineo (como él acostumbraba a definirlo), pasaba a menudo por delante de la vivienda de Brisa y, desde sus últimos encuentros, giraba la cabeza cada vez, con el propósito de ver a la joven y poder disfrutar de su fresca sonrisa. Le había causado una buena impresión, aparentemente buena chica, además de simpática. Anteriormente, se había formado una opinión un tanto distorsionada sobre ella, seguramente fruto del desconocimiento, pues apenas habían tenido relación. Él la miraba como a una de esas chicas de fuera que iban a su rollo y raramente se relacionaban con la gente del valle. De vez en cuando se la veía con amigos de su misma estética, un tanto *hippie*, que aparecían esporádicamente por el lugar. Sin embargo, al conversar con ella y, sobre todo, al observar su sonrisa, desaparecía esa imagen predeterminada que pudiera tenerse de una mujer como Brisa.

Ella también se había creado su propia idea sobre Chuan, segura de que ambos eran personas muy diferentes con formas de pensar no muy afines. Era frecuente en lugares rurales como aquel, donde ciertamente se había vivido de forma un tanto autónoma, sin una dependencia absoluta del exterior, que los

forasteros se observaran siempre con cierto recelo. Si a eso añadimos que la imagen de los *hippies* (denominación utilizada por muchos lugareños para designar a cualquiera de apariencia peculiar y diferente en el aspecto o en el vestir a los estándares normales) causaba desconfianza, era comprensible la cautela mostrada por Brisa antes de confiar en el primero que se le acercara, aunque ello no significara poner en duda la existencia de personas interesantes, candidatas a armonizar con ella.

De cualquier modo, aquella tarde, al ver bajar el coche oficial del parque, decidió esperar junto al camino para ver si era Chuan el conductor. A pesar de elegir vivir en soledad, era una persona sociable a quien le gustaba relacionarse con personas nuevas, y el joven vigilante, tras la breve conversación mantenida, no le había causado mala impresión. Había advertido algo especial en él.

Chuan detuvo su vehículo y, tras saludarse, quiso saber si ella había comenzado ya a leer la novela. Brisa respondió que todavía no, pero le apetecía conocer la historia y buscaría a alguien dispuesto a leérsela.

—Aunque aquí arriba —añadió— dudo que encuentre a algún voluntario.

—Eso no es problema. No te preocupes, yo puedo hacerlo, paso a menudo por este lugar —respondió Chuan de forma ocurrente, soltando una carcajada a continuación.

Brisa, adoptando un tono más serio, le explicó cómo efectivamente tenía verdaderas dificultades para leer un libro de tantas páginas. Sufría un tipo de dislexia que le ocasionaba auténticos problemas. En su época de estudiante no lo había pasado bien aunque, a base de acudir a profesionales y de trabajar duro, había conseguido hacer grandes progresos. Y si la lectura ya no le resultaba tan trabajosa como tiempo atrás, el comprender y asimilar lo leído sí se convertía en algo realmente complicado. Por lo tanto, no bromeaba en lo referente a que le gustaría encontrar quien le ayudara a leer la novela.

De ese modo, al escucharla como una historia contada, podría interiorizarla fácilmente.

Chuan se quedó boquiabierto, preguntándose si habría metido la pata al tomárselo a broma. Pidió disculpas asegurando desconocer tal trastorno. La joven restó relevancia al asunto mientras él, convencido de que Brisa no dudaría en ofrecer ese apoyo a otros, pensó en que no habría nada de malo en que alguien le echara una mano. Alguien parecido a ella, por supuesto.

Imaginó la situación un tanto ridícula, junto a una persona casi desconocida y con quien no albergaba ninguna intención de compartir nada íntimo. Con alguna otra que en ese momento se le venía a la cabeza, el planteamiento habría cambiado.

Aprovechando que un coche se había situado detrás de él, sin posibilidad de avanzar debido a la estrechez del camino, se despidió de Brisa.

—Si algún día tienes tiempo y te apetece, puedes parar y tomaremos algo... —añadió ella intentando ser amable, sintiéndose todavía en deuda por la ayuda que él le ofreciera tras el pinchazo, y dando la impresión de tener algo más que decir.

Antes de recorrer los cuatro kilómetros que le separaban de su hogar, Chuan ya había decidido que ni pensaba tomar nada con aquella chica, ni mucho menos leerle la novela como si fuera una niña. Imaginó la reacción de sus conocidos si accediera a algo así.

Se sucedían los días, mientras Chuan iba olvidando deliberadamente su conversación con Brisa y ya no aminoraba la velocidad al pasar por delante de la borda. Pero era cuestión de tiempo el volver a coincidir y el día que lo hicieron Chuan se vio casi obligado a detener su vehículo ante la firme mirada de Brisa, quien detuvo su paseo, situándose en el lado de la ventanilla del conductor del todoterreno.

Él saludó sonriente, aunque enseguida percibió algo extraño en la expresión de la mujer que, fiel a su estilo, no se anduvo con rodeos.

—Tengo la impresión de que últimamente me estás evitando. Disculpa si algo de lo que dije o hice estos días pudo molestarte, pero no te sientas obligado a nada.

Chuan negó torpemente fingiendo sorpresa, mientras lo taladraba la mirada de Brisa al tiempo que, con total naturalidad, le exponía lo que la vez anterior había estado a punto de decirle.

—Tal vez me tomes por loca, pero he estado dándole vueltas a un asunto estos últimos días... Sé que tú y yo nos conocemos de algo. Llevo aquí varios meses y cada vez que nos hemos encontrado nuestras miradas se buscan y se quedan prendidas.

Chuan no supo cómo reaccionar ni de qué iba todo aquello. Sus ojos se abrieron más todavía cuando ella continuó.

—No soy solo yo. Tú también me miras. No puedes negarlo. Creo que algo nos une.

Chuan estaba seguro de no conocer a aquella mujer hasta verla aparecer en el valle. Era cierto que la miraba pero, ¿había alguna chica medianamente atractiva a la que no mirara a los ojos?... Y al resto de su cuerpo.

—Quizá en una vida pasada hemos compartido algo... Es posible que hayamos sido hermanos o vecinos... No sé, pero estaría bien averiguarlo...

—¿Quién sabe? —improvisó Chuan, mostrando una sonrisa forzada.

Antes de que pudiera articular alguna frase coherente, ella se disculpó por si había importunado y se despidió reanudando su paseo. Chuan la vio alejarse por el retrovisor, sintiéndose como un idiota y sin poder borrar de su cerebro la mirada penetrante de Brisa y su expresión seria, totalmente opuesta a la espontánea sonrisa de otras ocasiones.

Aquella noche, Chuan se durmió sin poder dejar de pensar en la conversación mantenida con Brisa. Algo ocurriría en su subconsciente durante el sueño para que a la mañana siguiente despertara con el firme convencimiento de que debía

ayudar a la chica de las rastas y averiguar algo más sobre las extrañas conjeturas sugeridas por ella la tarde anterior.

Durante todo el día, la curiosidad le estuvo aguijoneando. Por la tarde, al regresar de su trabajo, la encontraría transportando leña desde un cobertizo contiguo a la borda hacia la entrada de esta. Aparcó su vehículo y después de saludarse cordialmente, ella le invitó a entrar y tomar asiento. Volvía a ser la chica risueña que conocía. Chuan ni tan siquiera se planteó rechazar la invitación. Se sentaron en el sofá, compartiendo conversación y un par de cervezas. Desde el primer momento, ella dejó claro que no quería hablar sobre lo de la tarde anterior, pues posiblemente se le hubiera «ido la olla». Y que, por supuesto, no había sido ninguna treta para intentar ligar con él, pues no tenía la más remota intención.

—Ni contigo ni con ningún otro —añadió, aclarando que no era nada personal.

A Chuan no pareció importarle posponer el tema por el momento, ya habría ocasión para hablar de ello. Y si ella no quería volver a hacerlo, tampoco le preocupaba demasiado, posiblemente hubiera sido solo una ocurrencia sin mucho fundamento. En cuanto a lo de ligar, allá ella con su vida. Él tenía ese terreno más que cubierto.

Mientras Brisa le preparaba a Dama su ración de comida, tomó la novela que se encontraba en la repisa de la chimenea y la hojeó para leer a continuación la sinopsis en voz alta, atrayendo la atención de la chica.

—Tiene buena pinta. ¿En serio estarías dispuesta a que alguien te la leyera?

—No está entre mis temáticas preferidas, pero podría ser interesante. Me gustó la autora. No me importaría encontrar quién lo hiciera.

—Pues ya lo has encontrado —respondió él sonriendo. Sintiendo un impulso que casi le obligaba a decir aquello.

—¿Sabes lo qué dices? Sería un rollo para ti. No quisiera meterte en ese compromiso.

—No me supone ninguna molestia. Yo la voy a leer igualmente. Pero, eso sí, tendríamos que hacerlo solo algunos días a la semana. Habremos de encajar nuestras agendas.

—Por mí, hecho. No me encuentro en condiciones de exigir —concluyó Brisa y ambos rubricaron el pacto intercambiando sus sonrisas.

—Está bien —Chuan terminó su cerveza, se acomodó en el sillón y abrió el libro.

Detuvo su mirada un instante en la dedicatoria y pasó página, no queriendo pecar de indiscreto. Brisa, adivinando su pensamiento, le animó a leerla, si bien era la única parte conocida por ella.

«Hay personas tan pobres que solo tienen dinero. Tú puedes considerarte dichosa de poseer tanto, más de lo que tú misma imaginas.»

—No está mal. ¿Os conocíais? —preguntó el joven.

—No —respondió Brisa, aunque tenía la sensación de que la escritora fuera una persona cercana, una vieja conocida, algo parecido a lo que le sucedió con Chuan.

Ella se acomodó en un taburete frente a él y con un gesto indicó que estaba lista...

Introducción

Subo un tiempo en que la península ibérica era un vasto territorio dividido en multitud de reinos y dominios, cuyas fronteras y límites se iban modificando constantemente. Al norte, se encontraban los pequeños reinos y condados cristianos empeñados, a base de arduo esfuerzo y mucha sangre derramada, en ampliar sus dominios hacia el sur, a costa de los reinos musulmanes que, poco a poco, comenzaban a mostrar algunos síntomas de debilidad, después de varios siglos de dominio casi absoluto sobre los territorios peninsulares.

Aragón, tras haber anexionado los condados de Sobrarbe y Ribagorza, luchaba por abrirse al llano, en busca de tierras más fértiles para sus pobladores, quienes habitaban una tierra dura y difícil, rodeados de agrestes montañas. Circunstancia que, sin embargo, les había permitido sacudirse el dominio musulmán, menos efectivo en tan complicada orografía.

En las últimas montañas de Sobrarbe, casi oculto tras varios desfiladeros, existía un hermoso valle, conocido por los montañeses como «Chistau». Allí se habían establecido varias generaciones atrás, resistiéndose a soportar el yugo sarraceno, un numeroso grupo de guerreros cuyos descendientes velaban por la seguridad del reino. Vigilaban la vecina frontera con los condados ultra pirenaicos y ayudaban siempre a sus soberanos en las nuevas incursiones hacia el sur. Al contrario de lo acostumbrado en otras zonas, no dependían de ningún señor feudal. Sólo rendían vasallaje al rey quien, en agradecimiento a sus aportaciones en el campo de batalla, les concedía algunos privilegios y pequeñas posesiones que les permitían subsistir y alimentar a sus familias y a las gentes de sus poblados. Muchos de ellos dirigían sus propias haciendas, ayudados por familiares y por jornaleros que trabajaban sus tierras y atendían sus ganados, aun en ausencia de los

caballeros que, evidentemente, pasaban fuera de casa muchos meses al año.

Aunque a veces surgían desavenencias entre ellos, por cuestiones de tierras o simplemente por envidias y rivalidades habituales entre gentes de armas, ciertamente el grupo se hallaba perfectamente organizado. El «Consejo de los Caballeros de Chistau», presidido por uno de ellos designado personalmente por el rey, se reunía frecuentemente para tomar decisiones sobre asuntos de su incumbencia, organizar partidas de vigilancia o, como ocurría a menudo, acudir al combate.

Fueron años difíciles. Un período convulso en el que se convivía con la muerte y la enfermedad. El honor y la lealtad cohabitaban con la traición y la felonía. Era tan habitual urdir una intriga o cometer el más infame de los crímenes, como exponer la propia vida, aun con pocas posibilidades de éxito, solamente por mantener una palabra empeñada o simplemente por defender el honor, sin el cual algunos no le veían sentido a sus vidas.

Durante esa época, ínfimos detalles como la caprichosa decisión de un rey o una persona influyente, una muerte inesperada o la acción de un puñado de personas arriesgadas podían dar un giro completo a la historia. A una historia que esas mismas gentes escribieron y que siglos más tarde creemos conocer con detalle. Aunque, ¿qué duda cabe?, ese gran libro, en su largo periplo a través de los siglos, ha perdido algunas de sus páginas e incluso alguno de sus capítulos casi completos que no recuperaremos jamás. De manera que, cuando llegamos a una de esas lagunas, solo nos queda el recurso de nuestra propia imaginación.

¿Quién sabe? Quizá algo de lo que imaginemos, pudo haber ocurrido en realidad. . .

La Afrenta

Bailo (Aragón), año 1100

Alfonso Sánchez descabalgó de un salto y, antes de recomponer sus ropas, entregó las riendas de su caballo a su compañero y amigo Barbatorta que, con sonrisa cómplice, asintió, ahorrándole las explicaciones. Caminó en silencio, pero con decisión, hacia la entrada de la apartada hacienda, imaginando la sorpresa que estaba a punto de causar su aparición, al haber regresado varios días antes de lo previsto, tras la gloriosa conquista de Barbastro por las tropas cristianas.

Sin embargo, sería él el primer sorprendido al escuchar el desconocido relincho de un caballo proveniente de los establos. Un instante más tarde, cuando en el mismo umbral de la puerta se topó de bruces con la asistente de María, quien le miró boquiabierta, como si se le hubiera aparecido el mismísimo Satanás, supo que algo no iba bien. Apartó a la criada con brusquedad y subió las escaleras saltando ágilmente, intrigado ante el posible descubrimiento. Tras echar una rápida ojeada a la despoblada cocina, su intuición le llevó directamente a las dependencias de María, cuya puerta cedió fácilmente ante el ímpetu con que la abordó. Quedó paralizado unos segundos mientras su cerebro trataba de asimilar lo que estaba ocurriendo. Sus ojos chocaron frontalmente con los de Aymeric, compañero de armas y con el que le unía, o al menos eso había supuesto, una buena relación. Este había excusado su participación en la batalla, alegando estar convaleciente. Aymeric, de pie delante de la cama y tratando torpemente de colocarse alguna de las prendas de las que tan alegremente se había desprendido unos minutos antes, sostuvo unos instantes la mirada de Alfonso. Los ojos de este desprendían tanta ira que el adúltero se sintió totalmente invadido por el terror. Ni siquiera fue capaz de oponer

resistencia, cuando vio cómo el animoso soldado avanzaba hacia él amenazadoramente. Pretendió ofrecer una disculpa, una excusa que le permitiera salir del trance, pero la frase se le quedó helada en la boca y la visión de sus ojos se tornó borrosa, al tiempo que la daga del infante penetraba sin titubeos en su cuerpo, desgarrándole las entrañas. No cayó de inmediato, pues el poderoso brazo de Alfonso lo sujetaba, prolongando el postrero momento, en un mortal abrazo, durante el cual sus rostros se encontraron frente a frente por última vez. Tras dejarlo caer, su iracunda mirada halló los ojos de María, arrojada en la cama, fiorezada y avergonzada a partes iguales, cubriendo su cuerpo con las sábanas. Ella sí fue capaz de hablar, mientras las lágrimas resbalaban por su rostro.

—¿Vas a matarme?... ¿Y Martina? Es nuestra hija...

Alfonso la sujetó por el brazo con una fuerza desmedida. Ella temió que se lo fuera a romper y se preparó para lo peor, deseando un rápido final. No tuvo valor para mirar la amenazante daga ensangrentada, pero sí el orgullo suficiente para sostener la mirada del que había sido su amado. Alfonso reconoció valentía en aquel gesto, aunque creyó ver los ojos de una víbora donde hasta entonces solo había advertido dulzura. Dejó caer la daga, y su mano, en un veloz movimiento, impactó en el rostro de María, que cayó de bruces en la cama, comenzando a sollozar amargamente, mientras el infante ultrajado abandonaba la estancia completamente encolerizado.

Las consecuencias de aquella afrenta le acompañarían el resto de su vida.

Antón de Turmosa

Reino de Aragón, año 1116

El rey Alfonso ultimaba los detalles de la operación junto con el que fuera su maestro y actualmente uno de los hombres importantes de la curia regia, el obispo Esteban de Huesca, mientras eran observados por el resto de los hombres de confianza del soberano.

—Tenemos el mayor tesoro del mundo cristiano y debemos conservarlo. Habremos de ser muy prudentes a la hora de variar su ubicación —advertía el prelado sin poder ocultar su preocupación.

—Lo sé, Esteban, pero las circunstancias así lo aconsejan. Es la segunda vez que intentan robarlo y no será la última. No puedo tener un ejército permanentemente vigilando el cáliz —el rey respondió con contundencia.

—Por otro lado, bien sabes que la copa sagrada no puede ser trasladada sin la supervisión directa de algún miembro de la familia real —insistió el obispo Esteban, quien no quería dejar ningún cabo suelto.

—Por supuesto —don Alfonso sonrió con picardía—. Quizá matemos dos pájaros de un solo golpe.

El resto de los presentes pusieron cara de no comprender y el soberano tardó solo unos segundos en sacarlos de dudas. Tal como les refirió, el animoso conde de Urgell, Ermengol VI, le exigía una garantía que le permitiera sellar sus alianzas en relación a la mutua defensa de sus territorios y a las conquistas de nuevas tierras a costa del infiel. Alfonso había decidido que la mejor garantía sería enviar a tierras urgelesas a algún miembro próximo a la corona. Había pensado en alguien que, por otra parte, debía trasladar, pues ya le había amenazado con quitarse la vida si no la liberaba de su cautive-

rio. Lo de liberarla totalmente no lo veía el monarca muy factible pero, al menos, variando su ubicación, parecía ceder mínimamente a sus pretensiones y conseguía prorrogar el ultimátum que ella le había ofrecido...

Lejos de allí, en el llamado valle de Chistau, en la parte oriental del reino, tres jinetes cubrían los últimos tramos de un empinado camino. Cuando llegaron al collado, una fresca brisa procedente del este acarició con descaro sus rostros. Todavía era muy temprano, pero a aquellas alturas de la primavera no tardaría en mejorar la temperatura en cuanto el sol, aún tímido y soñoliento, ascendiera, bañando con sus rayos todo el valle que se descubría a sus pies. La perspectiva desde aquel lugar era impresionante. Ante ellos, el ribagorzano valle de Benasque, cuyas imponentes cumbres nevadas se tenían por las más elevadas de los reinos conocidos por Antón de Turmosa. A su espalda despertaba el valle de Chistau, contemplado desde allí casi a vista de pájaro y, tras él, hacia el oeste, parte del antiguo condado de Sobrarbe se iba descubriendo monte tras monte.

Al norte, la blanca cordillera que les separaba de bearneses, gascones, aquitanos y del resto de territorios ultramontanos con los que, afortunadamente, la relación actual era pacífica, no faltando dominios aliados o vasallos del rey aragonés.

Se encontraban en el puerto que dividía las tierras de los condados de Sobrarbe y Ribagorza, ahora unidos y formando parte del reino de Aragón, bajo el regio mandato del gran Alfonso I, quien anteriormente fuera conocido como el infante Alfonso Sánchez, comandante de los ejércitos de su hermano, el rey Pedro I, y guerrero temido por sus adversarios y respetado, cuando no venerado, por sus aliados.

Un joven esbelto de frondosos y encrespados cabellos claros descabalgó escudriñando las amplias praderas, en gran parte cubiertas de nieve, que se extendían ante sus ojos. Luego lo hicieron sus acompañantes. Su lacayo, un hombre robusto de mediana edad y una mujer madura que, con aire garboso y sin poder ocultar una expresión de satisfacción, se situó junto a su hijo asiéndose a su brazo. Este desenrolló

lentamente el valioso documento que portaba y le dio lectura lenta y solemnemente:

«Bajo el nombre de Cristo y su divina clemencia. Yo, Alfonso, emperador por la gracia de Dios, extendo esta carta de donación a vos, Antón de Turmosa. De buen grado y espontáneamente, y por los servicios que me has hecho y me haces, y también por los servicios prestados hasta su muerte por tu tío y tu abuelo, ambos de la casa de Turmosa, os dono y confirmo las praderas llamadas del Puerto, en el Valle de Chistau. Desde el camino que conduce a Chia hasta el límite con la sierra, donde terminan los prados. Os dono estos terrenos con todas sus fuentes, pastos, tierras, y os otorgo este donativo íntegramente en régimen de plena disposición para hacer de él toda vuestra voluntad vos, vuestros hijos y toda vuestra descendencia, salvaguardando siempre la fidelidad debida a nos y a nuestros sucesores, por los siglos de los siglos, Amén.

La carta de donación se hizo en el año 1116, en el mes de marzo en L'Aínsa, durante mi reinado por la gracia de Dios en Castilla, Pamplona, Aragón, Sobrarbe y Ribagorza. Siendo Esteban, obispo en Huesca. Guillermo, obispo en Iruña y Ramón, obispo en Roda y Barbastro.»

Antón volvió a enrollar el legajo sin poder evitar que una amplia sonrisa se adueñara de su rostro.

—Aquí es donde pastarán nuestras ovejas este verano. Desde el camino hasta la muralla de roca de la parte superior, todos estos pastos, con sus fuentes incluídas, pertenecen a la casa de Turmosa —Antón se encontraba exultante.

—No está mal, mi señor. Pero nuestro rey podía haberos hecho la donación más cerca del pueblo —el sirviente se dirigió al joven caballero con la confianza que le confería haber estado al servicio de la casa de Turmosa desde su niñez, mucho antes de nacer el que ahora fuera su señor.

—¿Cuándo vas a aprender, mi buen Johan? Estos pastos son inmejorables y nos permitirán aumentar nuestro rebaño. Construiremos

una cabaña junto a esas rocas y uno de nuestros pastores pasará aquí el verano. Tú subirás una vez a la semana a proporcionarle víveres y a supervisar el estado de los animales. ¿Alguna duda?

—Señor, estoy de acuerdo en casi todo, pero respecto al incremento del ganado, no debemos precipitarnos. El invierno es largo y muy crudo en estos valles y nuestras ovejas quieren comer todos los días.

—Eso es cierto, pero debemos confiar en Dios, en nuestro rey y en nuestras armas y soldados. Pronto conquistaremos tantas tierras en el llano que sobrarán pastos en el invierno para llevar nuestro rebaño —Antón puso su mano sobre el hombro del primero de sus criados en un gesto de complicidad.

—¡Que Dios escuche sus deseos! Pero no cuente conmigo para trasladar sus ovejas a la tierra llana. No quiero morir a manos de esos salvajes infieles. Estaré más seguro entre estas montañas.

Ambos rieron a gusto mientras la mujer permanecía pensativa. Mujer luchadora como pocas, no había llevado una vida sencilla. Tuvo que criar a Antón sin la ayuda de su progenitor. Nunca cedió a las presiones de sus padres y no desveló la identidad del padre ausente. El patriarca de la casa de Turmosa, afamado e instruido infanzón que llegó a presidir el Consejo de los Caballeros de Chistau, murió sin haber digerido que su nieto creciera sin un padre de quien poder tomar ejemplo. Por eso designó a su hijo Lope de Turmosa como tutor de Antón, para hacerse cargo de la educación del muchacho y de su instrucción militar, cometido que este cumplió sobradamente hasta ese fatídico día, cuando Antón contaba diecisiete años, que le sobrevino la muerte en plena batalla, cuando una lanza traidora se hundió en su cuello sin darle tiempo de encomendarse a Dios ni al diablo. Antón se hallaba presente y, desde esa misma fecha, pasó a ser el único dueño y señor del patrimonio de los Turmosa, aconsejado por su madre y manteniendo en el campo de batalla el alto listón heredado de su tío y de su abuelo.

—Si Lope y tu abuelo vieran esto... Estarían muy orgullosos de ti —la voz de la mujer sonaba melancólica.

Antón asintió sin hablar y se preguntó si su madre hubiera deseado añadir «si tu padre viera esto». Nunca hablaban del tema, tabú para ella, aunque él a veces reflexionaba en silencio, sintiéndose con derecho a conocer sus orígenes.

La casa real había querido hacer justicia con la familia de los Turmosa, con la que se sentía en deuda. Llevaban un tiempo considerando el hacerles la donación de las praderas del puerto. El valor demostrado por el joven junto a las huestes cristianas en los últimos tres años había significado el empujón definitivo, además de hacerle merecedor de un sitio en el consejo de los caballeros del valle.

Cuando los tres jinetes regresaban al pueblo, el viento pareció traer el lejano tañer de una campana. A medida que descendían, el sonido se percibió con más claridad. Y pronto pudieron comprobar cómo las campanas mayores de Chistén, San Juan y Plan, al unísono, emitían el característico toque que servía para convocar la asamblea del Consejo de los Caballeros de Chistau.

—Respira, chico. Toma aire o te vas a asfixiar —bromeó Brisa.

—Poco a poco iré cogiendo el ritmo. Desde mis años de colegio, no recuerdo haber leído tanto en voz alta —replicó Chuan.

—Creo que es suficiente por hoy —añadió ella, quitándole el libro de las manos con delicadeza.

Ambos habían disfrutado de la inusual experiencia. Brisa no sentía especial atracción por una novela de temática medieval donde, desde el inicio, ya corría la sangre por sus páginas, pero deseaba continuar, convencida de que aquella novela no había caído en sus manos por azar y podría encontrar en ella algo interesante.

Charlaron sobre lo que acababan de leer. Chuan disfrutaba pudiendo imaginar la vida de su querido valle en época tan remota y reconociendo las localizaciones de los lugares y escenarios aparecidos en el relato. Le explicó a Brisa cómo había tenido ocasión de conocer a la escritora, pues la primavera anterior la acompañó en alguna de sus visitas al valle. Chuan había sido recomendado por alguien como posible buen guía, además de muy aficionado a la historia local. Juntos visitaron varios de los lugares que luego se mencionaban en la novela y otros que finalmente no aparecerían. Anna Mask extrajo mucha información en cuanto a emplazamientos y antiguos caminos y rutas de la zona.

Antes de despedirse, los dos jóvenes quedaron en continuar con la lectura dos días más tarde.